

Ernest Belenguer

Fernando el Católico



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: octubre de 2025

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Imagen de cubierta: © Album. Retrato de Fernando el Católico, por Bernardino Montañés y Pérez, en el Museo del Prado, Madrid, España

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

© Ernest Belenguer, 2025

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2025

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 979-13-7009-062-3

Depósito legal: M. 12.913-2025

Printed in Spain

Índice

9	Prólogo
12	Introducción
27	1. Los primeros y difíciles años de Fernando el Católico (1452-1469)
77	2. La estabilidad de la monarquía dual (1479-1492)
146	3. En torno a la política internacional de los Reyes Católicos (1479-1504)
219	4. Los años del apogeo del rey Fernando (1504-1512)
289	5. En el ocaso del reinado del rey Fernando (1512-1516)
359	6. El rey Fernando en Italia. Su política interior
402	7. Religiosidad y cultura
430	Un breve epílogo
440	Bibliografía

Prólogo

El 27 de febrero de 2023 recibí de Alianza Editorial la propuesta de que escribiera para su colección «El libro de bolsillo» sobre el rey Fernando el Católico. Alianza pensó en Fernando porque en general en España se ha escrito mucho más sobre Isabel. La editorial no me decía nada nuevo: yo ya sabía esto en 1999, cuando publiqué en Península, de Edicions 62 de Barcelona, un amplio estudio sobre el Rey Católico que en 2001 alcanzó su tercera edición y fue traducido incluso al italiano. No obstante, Alianza se dirigió a mí y les contesté afirmativamente, porque de 2001 a 2023 han pasado veintidós años que se notan en el cúmulo de artículos y pequeños libros que desde entonces podían intercalarse en este libro que se me pedía ahora. La idea era acertada, pero para mí tenía un problema. Al autor del rey Fernando de 1999 se le sugería otro trabajo sobre el mismo monarca y su época. Durante el tiempo de escritura de esta aportación en la colección de bolsillo siempre tuve en la

mente alejarme en lo posible de mi primera creación de 1999, consciente de que estaba escribiendo de nuevo sobre Fernando.

Por lo demás, creo haber conseguido mi propósito. No solo por las citas a nuevos autores que han aparecido en las dos primeras décadas del presente siglo, sino porque las conexiones de mi primera obra y de esta actual son mínimas en cuanto a la redacción y la utilización de notas a pie de página. Estas citas son mayoritariamente de cronistas, textos de aquella época, documentos y fuentes archivísticas que no se utilizaron en 1999. Por cierto, todas ellas se han escrito tal como aparecen en su original documental, respetándolo y sin modernizarlo. Es más, en algún documento aparece en ocasiones la misma palabra con distinta ortografía en menos de tres líneas. Las he copiado tal cual por ser fiel al texto original. Además, he tratado de escribir en un estilo atractivo y jamás pesado para el lector. Para acabar estas pequeñas explicaciones, conviene saber que la presentación del mapa, que no es de toda Europa, quiere reflejar los territorios o Estados que se citan en el libro. La genealogía de los Trastámara aragoneses, por otra parte, no se duplica con la presencia de los castellanos, ya que, como mínimo, aumentaría en más del doble su descripción. Esto no es necesario ya que ellos son los que inician la dinastía y son explicados adecuadamente a lo largo de la obra.

No quiero terminar este prólogo sin dedicárselo a las dos personas que humanamente han hecho mi vida más grata. Me refiero a mi hija Cristina Belenguer Pla y a mi esposa Marga Pla. Sobre todo ella me ha estado ayudando día a día para que no desfalleciera en la elaboración de un libro, ligero a la vez que denso, escrito por un autor que ahora ya

ha pasado de los setenta años. Además, quiero recordar a mi cariñosa Nera de la que tanta compañía felina tuve en mis largas tardes de escritura.

Finalmente agradezco a Alianza Editorial que haya pensado en mí. Y creo que no se ha equivocado, porque conozco la Corona de Castilla, siempre más subrayada por la mayoría de historiadores, pero también la Corona de Aragón. Esta aparece más debilitada desde el punto de vista historiográfico, así como su propio rey Fernando, tan alabado en 1513 por Nicolás Maquiavelo.

Ernest Belenguer

Introducción

«Haziendo cortesía a sus retratos añadía a este lo devemos todo». Dicha frase se la atribuyó Baltasar Gracián a Felipe II en su libro *El Político D. Fernando el Católico*¹. Y no es nada extraño que el rey más universal de la historia de España, del que se decía que en sus dominios jamás se ponía el sol, admirase tanto a su precedente Fernando II de Aragón, que ya se vislumbraba similar a su nieto el emperador Carlos V². Le interesaba tanto a Felipe II que en una carta a su secretario Gonzalo Pérez le pedía que se escribiese a Jerónimo Zurita. Quería darle prisa a este último para que terminase, no ya los *Anales*, que los conocía, sino la *Historia*

1. B. Gracián, *El Político D. Fernando el Católico*, Zaragoza, 2000, p. 204 en versión facsímil.

2. G. Redondo Veintemillas, «Fernando II de Aragón. Rasgos de un soberano con vocación universal (1452-1516)», *Ferdinandus Rex Hispaniarum. Príncipe del Renacimiento* (Zaragoza, 2006), pp. 111-120.

del Rey D. Hernando el Católico que estaba narrando el célebre historiador aragonés.

Si empiezo este libro de esta manera es porque quiero mostrar el nombre y el prestigio del rey Fernando que desde su tiempo y a lo largo de los siglos ha tenido, aunque en ocasiones con demasiados nubarrones. En todo caso habrá que distinguir entre su periodo y sin duda alguna los siglos XVI y XVII, con alguna aportación importante del XVIII, de aquellos otros: siglos XIX y XX, incluyendo en parte los primeros años del siglo XXI.

En su época los elogios fueron constantes, si bien —ya se ha hablado de Zurita— solo señalaré la espléndida descripción que hizo el cronista castellano Hernando del Pulgar, quien dijo del rey Fernando que era

home de mediana estatura, bien proporcionado en sus miembros, en las facciones de su rostro bien compuesto, los ojos rientes, los cabellos prietos e llanos, e hombre bien complisionado. Tenía la fabla igual, ni presurosa ni mucho espaciosa. Era de buen entendimiento e muy templado en su comer e beber y en los movimientos de su persona porque ni la ira ni el placer facían en él alteración. Cabalgaba muy bien a caballo, en silla de la guisa e de la gineta; justaba sueltamente e con tanta destreza que ninguno en todos sus reynos lo facía mejor. Era gran cazador de aves, e home de buen esfuerzo, e gran trabajador en las guerras. De su natural condición era inclinado a fazer justicia, e también era piadoso, e compadeciase de los miserables que veía en alguna angustia. E había una gracia singular, que qualquiera que con él fablese luego le amaba e luego le deseaba servir, porque tenía la comunicación amigable [...]. E ansimesmo, remitido a consejo,

en especial de la reina su muger, porque conocía su gran suficiencia³.

La realidad es que el pensador y político que más influyó a nivel europeo a la hora de presentar al rey Fernando fue el florentino Nicolás Maquiavelo. Y lo hizo tanto en su conocidísima obra de *El Príncipe*, en 1513, como en su *Epistolario privado* con Francesco Vettori. Se ha de decir que cuando Maquiavelo escribió estas obras ya había perdido la mayoría de sus cargos, porque Florencia volvió a ser controlada por la familia Médicis a la que había ayudado el rey Fernando. Motivo todavía más importante para entender las perspectivas positivas y a veces también negativas del citado escritor, que tenía una visión bastante laicista y, por tanto, renacentista de la razón de Estado. Del *Príncipe* salen estas elogiosas palabras: «De un rey débil que era ha venido a ser, en la forma y en la gloria, el primer rey de los cristianos [...]. Ha hecho y tramado cosas grandes, las cuales siempre han tenido suspensos y admirados los ánimos de los súbditos»⁴.

Pero más amplia fue la descripción que hizo Maquiavelo del rey en su *Epistolario privado*:

Este rey, como sabéis, ha llegado a la actual grandeza partiendo de una baja y débil fortuna, y ha tenido siempre que combatir contando con Estados nuevos y súbditos vacilantes. Y uno de los modos con los que se conservan los nuevos Estados y se

3. H. del Pulgar, *Crónica de los muy altos é muy poderosos don Fernando e doña Isabel, Rey é Reyna de Castilla, de León*, Madrid, 1953, LXX, cap. III, p. 256.

4. N. Maquiavelo, *Il Principe*, cap. XXI, Turín, 1997, vol. I, p. 179.

sujetan los ánimos vacilantes, o se los tiene en suspenso e irresolutos, consiste en crear una gran expectación en torno a sí, teniendo siempre a los hombres con los ánimos intranquilos, pendientes del fin que tendrán las nuevas resoluciones y empresas. Este rey ha sabido ver esta necesidad y la ha empleado bien; de aquí nacieron las incursiones en África, la entrada del reino de Nápoles y todas las otras empresas de las que no se ve el fin, porque su finalidad no es la conquista y la victoria, sino ganar prestigio entre sus pueblos, y mantenerlos aturridos con la multiplicidad de sus acciones⁵.

En otra ocasión Maquiavelo llegó a afirmar sin decir el nombre del rey, pero conociéndole todos, que «cierto príncipe de nuestro tiempo al que no es oportuno nombrar, no predica más que paz y lealtad, cuando de una y de la otra es acérrimo enemigo; y tanto la una como la otra, de haberlos observado, le habría arrebatado o la reputación o el Estado»⁶.

No obstante estos últimos comentarios, como dijo Rus Rufino —del que hablaré—, el Rey Católico y Maquiavelo tuvieron una misma intuición desde distintos puntos de vista: los reinos integrados y estructurados jurídica y políticamente, con una autoridad del rey reforzada e indiscutida, darían lugar a un nuevo mapa político en Europa que superaría la dualidad y la tensión dialéctica entre el Imperio y el papado. Es decir, entrábamos en la época del Renacimiento.

Todavía, sin embargo, pueden encontrarse determinadas expresiones mayoritariamente de extranjeros que habían estado en la corte y conocían al rey Fernando. De entre

5. N. Maquiavelo, *Epistolario privado*, Madrid, 2007, p. 195, carta 38.

6. N. Maquiavelo, *Il Principe...*, *op. cit.*, cap. XVIII.

ellos destacaré los siguientes. Ante todo, Lucio Marineo Sículo en su *Obra de las cosas memorables de España*, en la que describe al futuro rey desde su niñez, como persona inteligente y estudiosa pero apartada de todo ello por la guerra civil catalana.

Y assí fue quitado de las letras y de su estudio, y aun no aviendo diez años començó a tratar las armas y officio militar. Por su poca edad y por no tener título de dignidad tenia poca augtoridad. Por lo qual hizole su padre duque de Monblaque: porque gozase de alguna honra y fuesse acatado de todos. Y criado assi entre caballeros y hombres de guerra, siendo ya grande y no pudiendo darse a las letras, careció dellas. Mas ayudandose las grandes fuerças de su ingenio y la conversación que tuvo de hombres sabios, assi salió prudente y sabio como si fuera enseñado de muy doctos maestros⁷.

Por esta razón no es sorprendente que Jerónimo Münzer, en un discurso ante los soberanos en 1495, dijera:

Vemos ahora, digo, a los reyes por medio de los cuales la mano del Señor regeneró a las naciones, subyugó los reinos y encontró nuevos hombres [...]. ¡Oh Señor, deja ir en paz a tus servidores alemanes pues hemos visto a los salvadores de toda España! Hemos visto a los luminares que descubrieron las desconocidas razas índicas, que agregareis a la unidad de nuestra fe⁸.

7. L. Marineo Sículo, *Obra de las cosas memorables de España*, Alcalá de Henares, 1533, libro XIX, f. 153 v.

8. J. Münzer, *Viaje por España y Portugal (1494-1495)*, Madrid, 1991, pp. 269-271.

Este discurso fue entre elogioso y político, ya que a Münzer se le envió a España por decisión del emperador Maximiliano. Se ha de pensar que poco tiempo después la hija de los Reyes Católicos, Juana, casaría con el hijo de Maximiliano, Felipe el Hermoso. Münzer además sabía que el muy joven rey Fernando, con catorce años, tenía experiencia relacionada con los ejércitos.

Por su parte Francesco Guicciardini, embajador florentino en 1512, opinaba de Fernando:

Es un rey muy notable y con muchas y grandes prendas; y solo se le acusa, sea o no cierto, de no ser liberal ni buen guardador de su palabra; en todo lo demás brillan su urbanidad y consideración. No es jactancioso, ni sus labios pronuncian nunca sino palabras pensadas y propias de hombres prudentes y rectos⁹.

Para colmo, el rey llegó a tener su propio retrato —idealizado, por supuesto— en Roma (en las estancias de la basílica de San Pedro y pintado por Giulio Romano en 1515-1516). Es bien significativa la consideración en la que se le tenía y cómo había conseguido también asociar el poder temporal del cristianismo como uno más de sus instrumentos de habilidad política, tal como expresa Redondo Veintemillas.

El mismo rey escribía en una carta a su secretario Pedro Quintana en 1514: «Una sola cosa havéys de responder que ha más de 700 años que nunca la corona d'España estuvo tan acrecentada ni tan grande como agora, assi en poniente como en levante, y todo después de Dios, por mi obra y

9. *Viaje a España de Francesco Guicciardini. Embajador de Florencia ante el Rey Católico*, Valencia, 1952, p. 214.

trabajo»¹⁰. Y de hecho esta afirmación ya tenía la garantía de su esposa, la reina Isabel, que diez años antes en su testamento dijo de Fernando:

E porque los fechos grandes e señalados quel rey mi señor ha fecho desde el comienço de nuestro reynado, la Corona real de Castilla es tanto augmentada, que debemos dar a Nuestro Senor muchas gracias e loores, especialmente segund es notorio avernos su sennoria ayudado con muchos trabajos e peligro de su real persona a cobrar estos mis reynos, que tan enagenados estavan al tiempo que yo en ellos suçedi, e el dicho reyno de Granada, segund dicho es, demás del gran cuidado e vigilancia que su sennoria siempre ha tenido e tiene en la administración dellos [...] aunque no pueda ser tanto como su sennoria mereçe e yo deseo, es mi merced e voluntad, e mando, que por obligación e debda que estos mis reynos deven e son obligados a su sennoria por tanto bienes e mercedes que de su sennoria han reçebido, que además de los maestradgos [...] le sean dados e pagados [...] para toda su vida [...] la mitad de lo que rentaren las Islas e Tierra Firme del Mar Oceano¹¹.

En el siglo XVII también hubo cronistas muy favorables al rey, como Saavedra Fajardo o Blázquez Mayoralgo, pero, sobre todo, Baltasar Gracián, ya citado. Este comenzó el *Político* con una expresión ya de por sí muy contundente: «Pongo un Rey a todos los passados, propongo un Rey a todos los venideros. Don Fernando el Catholico, aquel

10. J. M. Doussinague, *El testamento político de Fernando el Católico*, Madrid, 1950, p. 212

11. *Testamento de Isabel la Católica*, Archivo General de Simancas (Valladolid, 1947).

gran Maestro del arte de reynar, el Oráculo mayor de la Razón de Estado»¹². El problema de Baltasar Gracián es que su libro no es real, es un ideal del buen rey. Esto lo ha señalado en 2022 Agustín Palomar, y además se ha dicho en el propio original de Gracián: en las censuras anteriores al texto que se pedían entonces. Así, tanto Juan Francisco Andrés de Uztarroz como Pedro de Abella coincidían en el hecho de que Gracián no había compuesto una realidad del Rey Católico, sino una imagen que «podría servir de exemplo a los Príncipes y de idea a los mayores Monarcas»¹³.

Es tanta la devoción de Gracián por Fernando que incluso defendió lo imposible. Por ejemplo, se sabe que la escritura del Rey Católico no era pura caligrafía. Pues bien, Gracián dijo de ella que son «deformes caracteres, pero informados de mucho espíritu, Oráculo dos veces por lo arcano de la inscripción, y más por lo profundo del pensamiento»¹⁴. O también el carácter de unidad de su obra porque «la Monarquía de España donde las provincias son muchas, las naciones diferentes, las lenguas varias, las inclinaciones opuestas, los climas encontrados, assi como es menester gran capacidad para conservar, assi mucha para unir»¹⁵.

Todos estos cronistas-historiadores del Barroco peninsular veían en Fernando el Católico un príncipe que mantenía la verdadera razón cristiana de Estado. Pero esta no era la más laicista que se estaba divulgando por toda Europa, aunque ciertamente aquellos la conocían al igual que a Maquiavelo. Por eso ellos no atacaron el regalismo del Patro-

12. B. Gracián, *El Político...*, *op. cit.*, pp. 1-2.

13. *Ibidem*, la afirmación de Pedro de Abella en p. 2 de su censura.

14. B. Gracián, *El Político...*, *op. cit.*, p. 4.

15. *Ibidem*, p. 14.

nato regio —ya se verá en los capítulos 2 y 7—, que exigió Fernando y sí secundaron su carácter de unidad social y política. Este le llevó al rey a mantener la Inquisición no queriendo minorías religiosas en su unitario catolicismo; a reprimir las revueltas granadinas de 1502; o a conquistar en el norte de África plazas fuertes con Orán como referente inicial.

Ya en el siglo XVIII las perspectivas comenzaron a cambiar. La reina Isabel empezó a ser más homologada. Es cierto que en el siglo XVI hubo alguna mujer con poder y gobierno patrimoniales como la inglesa Isabel Tudor. El siglo XVIII, más galante y culto, tuvo hasta emperatrices como la austriaca María Teresa. En el caso de Isabel la Católica ya contamos con más de un historiador isabelino, como fue el caso del padre Flórez y sus *Memorias de las reinas católicas* de 1761. Todavía en esa centuria hubo cierta igualdad entre ambos reyes. Es el caso de Pietro Giannone, quien defendió la valía del rey Fernando en su viaje a Nápoles. Por su parte Cadalso, en sus *Cartas marruecas*, señaló que nunca la monarquía española había sido tan respetada como en la época de Fernando el Católico. De toda una corriente de cronistas catalanes en los siglos XVI y XVII en general más volcados en la ciudad de Barcelona que no se señalan, cabe citar al último catalán que hasta Vicens Vives defendió al Rey Católico. Se ha de destacar la obra de Antoni de Capmany i de Montpalau, publicada en Madrid en 1779 en cuatro volúmenes y citada en la bibliografía. Siendo un estudio sobre el comercio barcelonés, no deja de sorprender cómo Capmany se dio cuenta del incremento económico del país en el último tercio del siglo XVIII. Al mismo tiempo destacó el gran concepto que tenía del rey

Fernando y de sus relaciones afectuosas con Barcelona, a pesar de las discusiones que pudo haber entre ellos. Incluso elogió el tema de la insaculación, que ya se verá, a la hora de escoger a los dirigentes de la Ciudad Condal.

El siglo XIX ya fue otra cosa muy distinta gracias sobre todo al *Elogio de Isabel la Católica* de Diego de Clemencín pronunciado en 1804 con ocasión del tercer centenario de su muerte. En 1820 amplió su obra con las *Instrucciones sobre varios asuntos del reinado de doña Isabel, que pueden servir de pruebas a su Elogio*. Sin citar aquí su afirmación de que a Isabel se le debe todo, los ataques a Fernando fueron constantes. El rey se había ensañado con el arzobispo don Hernando de Talavera, el primero que lo fue en Granada. El monarca despojó al gran Gonzalo de Córdoba de sus heroicidades italianas en Nápoles, y tenía razón Fernando como señalo más adelante. El soberano relevó al descubridor de las Indias Cristóbal Colón y en este caso no hace falta opinión contraria ya que se había hecho lo justo. Finalmente, Fernando debilitó la justicia y contrajo nuevas nupcias para romper la sucesión de los reinos de Aragón y Castilla, según Clemencín.

La aportación de este pretendido historiador se alargó durante todo el siglo XIX, incluidos los años de la reina española Isabel II. Porque «la centralización es la civilización», como dijo Cánovas del Castillo en una línea claramente española. Pero es que en los territorios patrimoniales de Fernando la negación del rey iba unida al nacionalismo periférico, básicamente en los años de la *Renaixença*. Por ejemplo, los Bofarull, Sanpere i Miquel y Carreras Candi. En el primer caso, el de Bofarull i Broca, en su *Historia crítica...* que se cita en la bibliografía, ya no aceptó al rey Fernando. Lo hizo porque siguió demasiado a la información

documentada que conocía del *Dietari de la Generalitat*, o sea de la Diputación del General de Cataluña. Esta era totalmente contraria al rey Fernando y Bofarull, por no matizar sus impresiones, se alejó de la aportación de Capmany que ya existía. Según Sanpere i Miquel, que escribió su *Alsament de Mieres* —premio de los Juegos Florales de 1879— y dio una conferencia sobre la Barcelona en 1492 en el cuarto centenario del descubrimiento de América, tampoco puede decirse nada bueno sobre el monarca Fernando. Increpó su Sentencia Arbitral de Guadalupe de 1486, casi contraria a los remensas según él, criticó la Inquisición y mostró el forcejeo real contra las instituciones catalanas, ya fueran las municipales o las de la Generalitat. A Carreras Candi solo le bastó el tema converso y la expulsión de los judíos para penalizar al soberano Fernando.

Ya en el siglo xx Antoni Rovira i Virgili (1935) e incluso Ferran Soldevila, citados en la bibliografía, son ejemplos de visiones negativas ante el rey. Porque este casó con una castellana y además en el pacto previo a la boda se comprometió a vivir prácticamente en Castilla. Lo fue tanto que hasta murió en Madrigalejo, o sea en Extremadura, lejos de sus tierras. Soldevila en todo caso bajó la presión sobre el rey cuando Fernando se desposó con Germana de Foix en 1506 y la pareja tuvo un hijo en 1509 que se hubiese llamado Juan III. Pero el niño murió un día después de nacer.

Se debe a Jaume Vicens Vives el auténtico renacer de Fernando el Católico a final de los años treinta del siglo xx. Ya no solo por su tesis doctoral *Ferran II i la ciutat de Barcelona*, sino por la mayor parte de su obra enfocada fundamentalmente en el reinado del rey Fernando, como se verá en la bibliografía del final. Hasta cierto punto el gran historia-

dor gerundense ayudó bastante en la creación del V Congreso de Historia de la Corona de Aragón de 1952, dedicado al Rey Católico. No podía ser para Isabel porque ella solo era reina consorte, pero en absoluto reina patrimonial en la Corona de Aragón. Después se han escrito libros interesantes sobre Fernando el Católico, como, por ejemplo, el de Ángel Ferrari, el de Ángel Sesma, el de Suárez Fernández o el mío propio, citados todos ellos en la bibliografía general.

Pero, salvo el de *Ferdinandus Rex Hispaniarum. Príncipe del Renacimiento* ya señalado, se observa después un cierto aislamiento del Rey Católico. Se ve algo más preocupante en comparación con la reina Isabel, su primera y querida esposa. Porque en el año 2004, cuando se cumplió el V centenario de la muerte de Isabel la Católica, se hizo en su homenaje un gran congreso internacional del 15 al 20 de noviembre. Era el de *Isabel la Católica y su época*, con dos volúmenes y tres ciudades que lo acogieron día y medio cada una. Valladolid, donde comenzó el congreso y se casaron los reyes; Barcelona, el lugar en el que a punto estuvo de fallecer el rey; y Granada, por la guerra y conquista del último emirato musulmán.

Ahora bien, esto no ocurrió en 2016 cuando tuvo lugar el V centenario de la muerte del Rey Católico. Es cierto que antes se puede citar algún que otro estudio-exposición importante, como el de Carmen Morte García (*et al.*), que lo titularon *Fernando II de Aragón. El rey que imaginó España y la abrió a Europa*, publicado en Zaragoza en 2015 casi como precedente. Pero en 2016 no hubo casi nada. Se quiso hacer un congreso en Salamanca en septiembre de 2016, pero realmente no lo era. De cuatro días, solamente el primero (lunes por la tarde) se habló del Rey Católico. Y lo sé por-

que participé en él. Se publicó bajo el título *Modernidad de España. Apertura europea e integración atlántica*, y llegaba hasta finales del siglo XVI. Hubo más de algún ciclo de conferencias en determinadas universidades, y sobre todo se expusieron conocimientos alrededor de Madrigalejo en un pequeño libro con distintos artículos como *Fernando el Católico rey*, presentado por Antonio Miguel Bernal. En Barcelona, en fin, se organizó un congreso en octubre de 2016 titulado *Ferran II i la Corona d'Aragó* en el que colaboraron catalanes, valencianos, mallorquines y algún aragonés, y cuyas actas se publicaron en 2018.

En todo caso sí que apareció un libro de un solo autor en la editorial Tecnos en 2016, escrito por Salvador Rus Rufino y titulado: *Una biografía política de Fernando el Católico. La constitución de una monarquía universal. V centenario de su muerte 1516-2016*. Esta es una de las dos únicas obras que atendió auténticamente al centenario. Hasta cierto punto la de Rus Rufino puede ser útil, pero el problema es que el autor parece enamorarse del personaje. Casi puede compararse en este aspecto con Baltasar Gracián. Rus Rufino en muchas ocasiones habla más de los pensamientos que pueda tener el rey en relación con los hechos que hace, y a veces eso puede crear dificultades. Un ejemplo lo resume todo. En su obra Rus Rufino no para de decir que el concepto de unidad fue consustancial a las ideas del rey. Así señala que «en el proyecto de integración territorial se imponía la unidad política, social, económica, legal y, por supuesto, religiosa. Esta actitud excluía la existencia de minorías en el reino»¹⁶.

16. S. Rus Rufino, *Una biografía política*, p. 25.

Con estos conceptos es lógico que Rus Rufino recalque que no va a hablar de la religión, ya que se ha escrito mucho y no es un tema que se trate con profundidad. Igual ocurre con la expulsión de los judíos que subraya que existe en otros lugares de Europa, o también con la Inquisición. Porque como él defiende, «devaluar una figura histórica mediante unos juicios fundamentados en los valores del presente, es un anacronismo y un error de perspectiva que sería grave [...]. La biografía de Fernando el Católico no debemos encasillarla con los parámetros de la situación actual, sino intentar aprehenderla en su ámbito histórico y tratar de comprender»¹⁷. Y el autor no deja de tener razón. Pero ¿lo entenderían igual todos aquellos que fueron víctimas de la pretendida unidad? Es bueno que el historiador piense así. Pero también es bueno que piense en el pueblo de entonces que depende de los reyes y políticos del gobierno.

En 2016 también se publicó otro libro, muy superior al anterior porque además hay una investigación detrás más que importante. Se trata de *Los últimos años de Fernando el Católico, 1505-1517*. Ahora no hablaré mucho de esta obra porque la trataré en este libro mío como corresponde a un trabajo bien realizado. Es el de Miguel Ángel Ladero Quesada. En todo caso si hay que hacerle alguna crítica es que el objeto estudiado es más Castilla e incluso Navarra que la propia Corona de Aragón. Pero ya me gustaría tener más obras así.

Para terminar esta breve introducción, historiadores y periodistas han denunciado la realidad del *Olvidado Rey*

17. *Ibidem*, pp. 18-19.